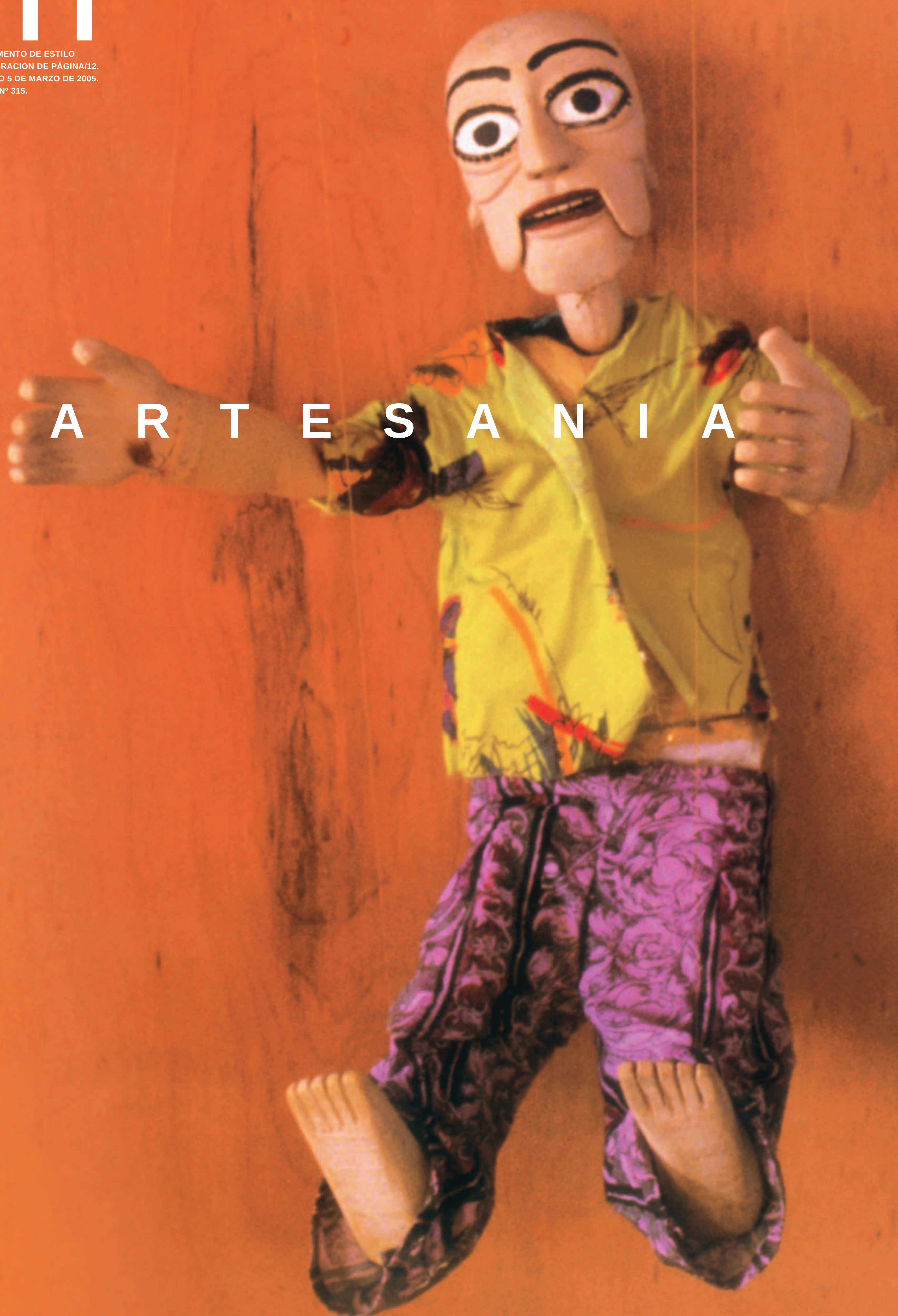


diseño, memoria y solidaridad en un exitoso experimento social brasileño

Ideas en Tucumán
Esta semana se conocieron los resultados del concurso nacional de ideas para una estación de transferencia de pasajeros en Concepción, Tucumán. Martín Torrado fue el ganador del concurso según la decisión del jurado formado por Daniel Silberfaden, Leonardo Combes, Jorge Naval y Carlos Villaluenga, con la presencia del intendente de Concepción, el también arquitecto Osvaldo Morelli, y del asesor Eduardo González. El segundo premio fue compartido por Miguel Mazzeo y Fernando Schujman y el tercero fue para Mauro Romero. El jurado otorgó menciones a los arquitectos Matías Gigli, María Silvia de Gennaro, Juan Manuel Maseda, Pablo Suárez, Mariano Dayan, Ezequiel Alvarez, Daniel Miranda y Alejandro Stoberl.

Presentes
Entre el 10 y el 14 de este mes se realiza en Costa Salguero la edición Otoño 2005 de Estamos Presentes, la feria internacional de decoración, iluminación, muebles, mesa, cocina, bazar, regalos, utilitarios y textiles para el hogar. Este noveno evento es como siempre para profesionales y no para el público general y se realiza de 11 a 20.

Expo Mueble
Para abril está anunciada la 24 edición de Expo Mueble, el salón internacional que este año también se propone como una –larga– semana del mueble en Buenos Aires. Este evento está abierto al público, pero tiene horarios especiales para profesionales y mayoristas. Informes en *www.atacamaferial.com.ar*

Cursos en Morón
La Facultad de Arquitectura, Diseño, Arte y Urbanismo de la Universidad de Morón organiza para el 11 de marzo, a las 18 horas y en su aula S100, la charla informativa sobre cursos para este año lectivo. Los cursos son: Arquitectura de la vivienda colectiva, Arquitectura del paisaje, Instalaciones especiales en edificios inteligentes, Organización empresaria, Seguridad en la construcción, Sociología urbana, Teoría de la forma, Teoría de la comunicación, Nuevos procesos de urbanización, seminario sobre EcoArquitectura. Informes en *arquitectura@unimoron.edu.ar* y al 5627-2000 internos 170 y 172.





Cesterías de todo tipo, esculturitas en barro crudo y en madera, barcas, clases en grupo. Artesanato Solidario ya toma varios estados brasileros y más de 3000 artesanos que hasta exportan y venden productos en las principales tiendas de diseño en Brasil.

Con las manos

El programa brasilero Artesanato Solidario es un ejemplo de que tradición y diseño pueden generar fuentes de trabajo dando dignidad a los autores y recreando técnicas y diseños en vías de extinción.

POR LUJAN CAMBARIERE

En diseño hay palabras que con sólo nombrarlas encienden la mecha. Social es una de ellas. Muchos se sienten tocados, sobre todo por ser una disciplina que aunque está en boca de todos no trasciende a otros ámbitos aunque muchas veces podría hacerlo. Pero discutir si lo social es cualidad inherente al diseño no es el motivo de esta nota. La intención concreta es dar cuenta de un proyecto brasilero, Artesanato Solidario, que es un ejemplo de diseño con compromiso social transformador para su comunidad. Ayudando a recuperar la dignidad a través del trabajo y revitalizando saberes olvidados que permiten fortalecer de forma genuina otra de las cuestiones tan renombradas últimamente en el diseño como la identidad. Obviamente, vale otra aclaración: esta iniciativa no es sólo obra de profesionales del diseño sino de distintas organizaciones del sector social, empresas y en algunos casos del Estado, que juntan esfuerzos en proyectos que, lejos del asistencialismo, fomentan el desarrollo autosustentable, la mejor forma de trabajar en lo social.

Programa modelo

El proyecto Artesanato Solidario fue concebido en 1998 en el ámbito del Consejo de Comunidades Solidarias y surge como una alternativa para minimizar los efectos de la sequía en las comunidades de la región Nordeste y Norte del estado de Minas Gerais. La sequía, que en Argentina parece un problema menor o a lo sumo comercial, en el Brasil de pequeños lotes y agricultura de subsistencia crea olas de miseria desesperantes. A raíz de ese trabajo, distintas organizaciones del sector social y redes de profesionales –diseñadores industriales, arquitectos, ingenieros, especialistas en medio ambiente– vieron la posibilidad de rescatar las manifestaciones culturales de distintas regiones, que a su vez tuvieran la posibilidad de generar fuentes de trabajo y una renta que les permitiera a las comunidades más pobres salir de la indigencia.

El punto de partida fue la revalorización de la identidad cultural de estas localidades para que los pobladores pudieran capacitarse y salir a conquistar mercados mayores. Con esta orientación fueron llevando a cabo de los más variados proyectos regionales. Hoy, el proyecto involucra a más de 3000 artesanos de 70 municipios en 15 estados brasileros, con tipologías de artesanías de lo más diversas –cerámicas, tejidos con fibras vegetales, telar, tallados en madera, escultura, cestería, entre muchos otros saberes u oficios populares que, lejos de perderse en el tiempo, rescatan y suman valor a la escena.

"El Artesanato Solidario reconoce en el saber tradicional de la artesanía popular un rico patrimonio cultural capaz de generar empleo y mejorar la calidad de vida de las comunidades. Para eso promueve el desarrollo sustentable y la inclusión social de las personas que se encuentran en situaciones de pobreza, pero detentan saberes u oficios que hacen a la identidad cultural del país. Nuestro máximo estandarte es el respeto mutuo, por eso es una acción fácilmente replicable", explica su coordinadora, Helena Sampaio, a **m2** desde San Pablo.

Tradición renovada paso a paso

Como en otros ámbitos, en lo social importa tanto el qué como el cómo. Y por eso, este programa cuida cada paso. Una vez identificada la artesanía a rescatar y sus maestros, comienzan a movilizar a la comunidad en cuestión. Generalmente, cuentan los participantes, son poblaciones con mucho descrédito y baja autoestima debido a largos años de vivir en la pobreza y a las falsas promesas de los políticos de turno. Por eso, el primer trabajo con el que se encuentran los equipos técnicos es el de vencer la apatía y el desencanto. "Para ello es imprescindible bajar el ritmo, respetar los silencios, lograr la empatía. Aprender de las diferencias y sobre todo atender a esas cuestiones sutiles que perdemos los que vivimos en las grandes urbes", explican desde la organización. Una vez ganada la confianza, comienzan las tareas de aprendizaje. Asociatividad, cooperación, organización del trabajo y la producción, gerenciamiento del dinero, consolidación de lazos comerciales, son algunas de las materias claves para ponerse en marcha. El cuidado del medio ambiente mediante el uso de materia prima renovable, otra de las cuestiones básicas. También y muy fundamentalmente, la relación con el mercado. Acá juegan un rol clave los profesionales promoviendo la relación entre las técnicas y saberes de los artesanos con las necesidades y demandas de los clientes potenciales aceitando todos los canales posibles de comercialización, así como cuestiones relativas al marketing, composición de precios y embalaje.

¿La operación del diseño? "Pasa por intervenir, respetando los saberes tradicionales. El trabajo de los técnicos parte de seguir el principio de que toda pieza de artesanía es una interpretación única del mundo por lo que cada acción debe cuidar sus límites y ser muy estudiada", detallan.

Así, la iniciativa promueve y necesita de tres tipos de diálogos: de los artesanos entre sí, de los artesanos con su producto rescatando las técnicas originales y finalmente de los artesanos con el mercado. Y así se va cerrando el círculo: cuando se revitaliza la artesanía, se mejoran las condiciones de vida y del trabajo y se adquiere ciudadanía.

Algunos ejemplos

"Son muchos los proyectos exitosos. Uno sensacional es el de los muñecos de paño de *Esperança*, en Paraíba, donde sólo existía una artesana que los sabía hacer. Hoy son más de 50 que producen más de 500 por mes y hasta los famosos Hermanos Campana tienen un sillón hecho con ellas", señala Claudia Cavalcanti, del área de comunicación de la organización. "También, el trabajo de Urucuia en Minas Gerais es ejemplar. En primer lugar, la comunidad recuperó el uso del buriti, una palmera típica de la región, como materia prima riquísima para trabajar artesanalmente. Trabajándola de forma responsable, sin degradar el medio ambiente, hacen todo tipo de cestos y cajas", detalla Cavalcanti.

También en Minas Gerais, existe el proyecto Itaobim, en el Valle de Jequitinhonha, una región muy pobre donde mediante otra fibra vegetal producen todo tipo de cajas que son vendidas en los más importantes locales de decoración de Brasil, como Tok Stok. Por último, los artesanos de Mamanguá en Paratí producen miniaturas de canoas, barcos y veleros de preciosos colores que venden sobre todo al turismo, por lo que ya tienen fama internacional.

"Entre el tiempo sin tiempo de un museo y el tiempo acelerado de la tecnología, la artesanía palpita el tiempo humano", diría sabiamente el escritor y pensador Octavio Paz hace años. Este proyecto de Artesanato Solidario desanda los caminos de la tradición con la brújula del respeto. Una fórmula que devuelve toda la belleza de la artesanía al tiempo real. Ojalá se pudiera replicar esta metodología en nuestro país, con tan vasta impronta local, y no se tomara el saber de estas comunidades en beneficio de unos pocos como es lo habitual ■





La construcción, recuperada

El Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Argentina de la Empresa acaba de adelantar su informe anual sobre la construcción y el mercado inmobiliario, que trae buenas noticias: la actividad se ha recuperado a los niveles precrisis y de hecho es mayor que antes de la devaluación. Según el estudio de la UADE, no hubo mes en 2004 en que la actividad de la construcción no mostrara un nivel superior a los previos a la devaluación. Los niveles de trabajo fueron tan notables, que hasta en el segundo semestre del año pasado la construcción superó la actividad industrial. Según el Indec, la construcción creció 20,1 por ciento el año pasado respecto de 2003.

Para entender mejor el panorama, conviene dividir 2004 en trimestres, usando precios de 1993 para evitar distorsiones. Así puede verse que en el segundo trimestre del año hubo un aumento del 33 por ciento respecto del mismo período de 2003 y en el tercero, del 26 por ciento. Lo mismo ocurrió con la inversión bruta fija en construcción: 30.555 millones de pesos en el segundo trimestre, 32.228 en el tercero, siempre en moneda constante de 1993.

Estos niveles son superiores a los anteriores al corralito, con picos de actividad como el de marzo de 2004, cuando se creció un 41,2 por ciento. En septiembre, el nivel de actividad de la construcción pasó el del ya dorado y nostálgico año 1997.





Con 3000 habitantes, una fracción de los que tuvo hace un siglo, Little Falls busca sobrevivir con una nueva identidad. Arriba, la Main Street arruinada y una de las viejas fábricas recicladas como comercios y viviendas. Abajo, una de las muchas casas victorianas del lado alto de la ciudad y una de las más antiguas, de piedra.

Un caso en el norte

POR SERGIO KIERNAN
DESDE NUEVA YORK

Little Falls es un pequeño pueblo en el estado de Nueva York que busca revitalizar su golpeada economía local. Turismo, cultura y patrimonio aparecen como las recetas para sobrevivir.

El fenómeno de los pueblos que buscan una razón para seguir existiendo no es local sino global. Excepto en países abrumados por sus excesos de población, donde cada rincón techado es invaluable, los ejemplos de cambios económicos y corrimientos sociales que liquidan pueblos son comunes. Muchas veces, es tan simple como que un tren deje de pasar y se levanten las vías. En otros, la tragedia se dispara por cambios en el perfil industrial de la región.

Un caso que la viene peleando desde hace años es el del pueblo de Little Falls, un perfecto desconocido entre las sierras Catskills en el norte de Nueva York. Little Falls es un conjunto urbano viejo que nació como estación en el canal Erie y se transformó en polo industrial gracias a esa autopista líquida del siglo XIX, que unía el Atlántico –o sea la ciudad de Nueva York– con los grandes lagos y las inmensas extensiones del Medio Oeste.

El pueblo todavía muestra su fisonomía original. Encajonado en un valle del río Mohawk, afluente del poderoso Hudson, Little Falls tiene un barrio industrial y obrero victoriano, con fábricas de ladrillos y pequeñas casas distribuidas en damero. Del otro lado del río, cruzando las vías del tren que siguió al canal, hay varias manzanas de hermosas residencias victorianas en piedra, madera y ladrillo, estacionadas en terrenos grandes con jardines maduros y árboles altos. Los edificios públicos son realmente importantes: la biblioteca una casona gótica de piedra colorada, la intendencia una esquina afrancesada con cúpula y todo, los bancos moles revestidas de piedra.

Little Falls era el primus inter pares de los pueblos de la región, un valle fluvial que se extiende entre Alban y las cataratas del Niágara sin ninguna ciudad realmente grande. Este es un fenómeno que confunde al argentino, acostumbrado a que la industria se aglutina en ciudades francamente inmensas y a que en los pueblos a lo sumo habrá un soldador. Pero esta región, como muchas otras de Estados Unidos, muestra una colección de pueblos de pocos miles de habitantes punteados por edificios industriales que nacieron por la facilidad de transportar en barcazas y en trenes. A pocos kilómetros de Little Falls –capital estatal de la fabricación de bicicletas–, se encuentra por ejemplo Ilion, sede histórica de la Remington, la pequeña ciudad que aparece como Ilium en la primera novela de Kurt Vonnegut.

No cuesta imaginar qué pasó con este esquema en apariencia inmortal. Entre las autopistas, que dieron fuerza al camión a costa del tren, y la apertura de mercados, la base industrial norteamericana cambió completamente. Ya no tenía la menor importancia el dónde de una fábrica respecto de su mercado –Nueva York podía comprar bicis de Little Falls, Omaha o después Corea– y las empresas comenzaron a mudarse a lugares de tierra más barata, impuestos menores, sindicatos más blandos, climas más templados que ahorraran cuentas de gas y calefacción.

Muchos de los lugares abandonados de esta mano de Dios se reciclaron como centros de servicios zonales –sede del único shopping en kilómetros a la redonda– o como lugares turísticos. Otros resistieron por su masa propia y la inercia de seguir siendo el lugar más importante, con médicos, farmacia, tienda. Es el caso de Little Falls, que perdió vitalidad pero no desapareció, con su rampa propia a la autopista y su hinterland de aldeas agrarias que la usaban aunque sea para tomar una cerveza. El golpe que fue que el tren dejara de detenerse en la estación local fue acusado pero no cambió el fondo de las cosas. Peor fue el error de "modernizarse" demoliendo una vereda entera de la calle principal, Main Street –lo que significa justamente "calle principal"– para construir un descartable, tonto, feo y ya machucado centro comercial. El pueblo llegó al siglo XXI con una crisis de identidad y haciendo esfuerzos para tener un nuevo empleo. Es que las ciudades, como las personas, necesitan algo de qué vivir. Little Falls está intentando ganarse un lugar en el difícil mercado del miniturismo local. Es que el pueblo está en medio de una región francamente hermosa, alejada de los recorridos turísticos convencionales, entre sierras nevadas y bosques, cerca del muy establecido y paquete Cooperstown, mezcla de spa, villa de casas de veraneo y museo del baseball.

Se sabe que el turismo es una industria "blanda", que necesita atractores, cosas "para hacer" que tienten a una visita. Little Falls tuvo dos aciertos, ambos acuáticos: un festival anual sobre el canal Erie y una flamante marina fluvial tan bien equipada y ubicada que ya es popular entre los muchos yatistas que van y vienen de lago en lago cuando afloja el hielo. Al mismo tiempo, la "isla" marcada por el canal y el tramo rocoso del río –las pequeñas cascadas que le dan su nombre al lugar– está siendo reciclada de a poco, con sus edificios industriales viejos de un siglo transformados en tiendas y departamentos, inmensos lofts.

Sin embargo, no alcanza. Little Falls está coordinando esfuerzos con otros pueblos cercanos para crear un corredor turístico, una línea con atracciones que se vayan sumando. Y también hay cierta intervención estatal, aun en este país donde manda el mercado libre. El estado de Nueva York tiene una oficina para pequeñas ciudades que concede fondos para proyectos puntuales de revitalización. Little Falls restauró así una cuadra completa del lado que se salvó de Main Street, y tiene un salón de usos múltiples en una de las viejas tiendas, un ambiente con vidrieras de metal y techo ornado de estaño, donde se reúnen las comisiones de vecinos a buscar ideas salvadoras.

Entre estas ideas está primerísima la del patrimonio. Nadie tiene la menor duda de que la gente no viaja para ver edificios nuevos, "modernizaciones" o ejercicios arquitectónicos. Uno de los dogmas de todo este esfuerzo es reciclar, preservar, reutilizar, con mucho cuidado para que las edificaciones nuevas que hagan falta no les hagan sombra a las tradicionales.

Si esto suena familiar, es porque San Antonio de Areco hizo algo similar, aunque más a los ponchazos y sin duda con mucho menos dinero. Primero fue un festival, después restauraciones y reciclados, luego el turismo como ganapán para todo el pueblo, aprovechando la cercanía relativa a Buenos Aires. Norte o Sur, no hay tanto que inventar ■



